

Preferí ceder, y despues de recompensar ámpliamente á mi compatriota, puse al inglés en su lugar, á quien suponía causa de aquel desórden.

Desde el primer día de su instalacion, no sólo cesaron los procesos, sino que el tunante halló medios de hacer anular los diferentes juicios que se habian fallado en contra mia.

No hay que hacer comentarios sobre este hecho.

Respecto á probidad política, no hay que hablar, y aunque éste no es sitio á propósito para hablar de las audaces expoliaciones con que se ha manchado el gobierno inglés, dirémos tan sólo que cada pedazo de territorio, de provincia ó de reino ha sido conquistado por la astucia y la corrupcion.

¡Sólo esos pobres rajahs engañados, robados y destronados, pueden decir las infamias de que han sido víctimas!

A uno, la Inglaterra prestaba un ejército con el pretexto de protegerle contra sus enemigos, y en cuanto estaba en sus Estados, compraba á precio de oro á los que le rodeaban, que le hacian prisionero, y á la menor tentativa que hacía para recobrar su independendencia, se anexionaba su reino.

Con otro hacía un tratado de alianza ofensiva y defensiva, con el único objeto de poder tener en su corte un embajador y un médico. A los seis meses ó al año, el rajah moría en su lecho de una indigestion ó de cualquier otra cosa. «Estos rajahs son tan glotonos», escribía el médico encargado de certificar su muerte, y subía al trono un hijo ó un sobrino del difunto, de corta edad, apoyado por la Inglaterra.

Estos jóvenes príncipes generalmente no lle-

gaban nunca á su mayor edad. Pero si á pesar de *los cuidados* de que estaban rodeados, llegaban á ser hombres, *se les prohibía entónces casarse*, para que no dejasen á su muerte herederos legítimos, so pena de ser destronados.

La confiscacion del reino de Aoude fué un infame abuso de fuerza. Aquel pobre rey habia vaciado sus tesoros entre las manos de la Inglaterra, la habia ayudado con su ejército á derrotar á sus enemigos; cuanto más le pedían más daba, tanto, que los periódicos de Calcuta le llamaban el amigo de la reina. Sus hijos, sus hermanos y sobrinos habian sido educados en Lóndres. El desgraciado temblaba bajo el yugo que le oprimía, y fué una crueldad no dejarle morir en paz sobre su trono; pero tenia un hijo joven y emprendedor, y la Inglaterra habia decidido que no heredara á su padre.

Un día el rajah fué llamado á Calcuta por una órden del gobernador, lord Dalhousie, en la que declaraba «que no sabiendo el rajah gobernar sus Estados, quedaban anexionados éstos á las posesiones inglesas». Y el pobre rey fué encerrado en un palacio, señalándole una dotacion con la que apenas podía vivir.

El gobierno de Lóndres censuró enérgicamente aquel rapto odioso, destituyó á sus agentes, pero rehusó restituir lo robado.

Cuando á Warren Hastings, cuyo nombre es odioso, se le formó causa, bajo la presion de la opinion pública de Europa, su proceso, que duró diez años, se terminó con una absolucion escandalosa. A pesar de sus robos á mano armada, de sus rapiñas y de sus numerosos asesinatos, los no-

bles lores del noble Parlamento le declararon inocente; verdad es que habia duplicado las posesiones inglesas en la India.

La revolucion de 1857 fué la consecuencia de aquella expoliacion insolente y del destronamiento del último rajah de Lucknow, revolucion musulmana, como ya hemos dicho en otro lugar.

Si se baja desde las alturas del Pendjab, visitando á Lahora, Lucknow, Delhi y Agra; si se atraviesa la Bengala, volviendo por Haiderobad la santa, la Meca de los musulmanes de la India, hasta Bombay, por todas partes se encuentra viva aún por el recuerdo la dominacion musulmana, y llena de esperanzas.

En el Norte sobre todo, conservan los musulmanes sus tradiciones históricas y su tipo en casi toda su pureza. Todavía se conservan sus palacios, sus templos y sus mézquitas; las fiestas del ramadhan se hacen como á las orillas del Bósforo; el creyente todos los dias se vuelve del lado de la Meca, rogando á ella le envíe el salvador; por todas partes el pasado habla á la memoria, manteniendo una fe viva en el porvenir y un odio profundo contra el opresor extranjero.

El dia en que los rusos, franqueando el Afghánistan, avancen por las llanuras del Himalaya y de la Alta Bengala para arrojar á los ingleses del Indostan, pueden contar con la alianza de los veinticinco ó treinta millones de musulmanes que cuenta la peninsula, y que el deseo de venganza levantará en armas á la primera señal.

En 1850, Jung Bahadour, uno de los rajahs del Norte, fué á Francia á sondear el terreno, pues presentia la anexion de su país, y queria llevarse

oficiales franceses para formar un ejército y que éstos le mandasen. Pero salió mal de su empresa.

El hombre que pensaba entónces en construir un trono sobre las ruinas de la república francesa, tenia demasiado interes en estar bien con la Inglaterra, para pensar poner en práctica la antigua política colonial de la Francia.

Todas las conquistas de las provincias de la isla de Ceylan se debieron, como en el resto de la India, á horribles asesinatos de los rajahs y de sus tropas, á quienes los periódicos llamaban rebeldes, y á faltar á la fe jurada, hollando los tratados.

Preciso es confesar que los pueblos civilizados tienen palabras encantadoras para cubrir las infamias que la ambicion les hace cometer.

El gran talento de Inglaterra es hacer creer á la Europa que ella derrama á torrentes las ideas civilizadoras en sus inmensas posesiones del Asia, cuando, por el contrario, las mantiene en un estado de embrutecimiento que favorece su dominacion.

Y se concibe, pues el dia en que la Inglaterra aboliese las distinciones de castas, civilizando la India á la europea, los ciento cincuenta millones de indios, reunidos en un solo pueblo, le rogarian políticamente que se fuera, y no tendria más remedio que obedecer.

— Pero para que el turista, hombre de Estado ó príncipe extranjero que viaje por allí, no pueda conocer el estado de embrutecimiento en que mantiene á sus vasallos, ha llenado á Colombo, Bombay, Madras y Calcuta de bibliotecas, escuelas gratuitas, instituciones benéficas y hospitales. Todos estos establecimientos están admirablemente

cuidados, y funcionan muy bien; y si la India entera poseyese esas instituciones que acabamos de nombrar, la Inglaterra representaria en Oriente un gran papel moralizador y filantrópico.

Pero el aparato de estas ciudades engaña de tal modo al extranjero, que éste sale maravillado, sin ver que á algunas leguas de esta civilizacion empiezan la opresion y los castigos.

Si en las calles de Calcuta pegais á un indio que os ha robado ó insultado, sereis preso ó multado; pero matadle en el interior, y con hacer una declaracion á la policia de que le habeis muerto defendiéndoos, ésta escribirá en su registro: «Muerto por accidente», y el prestigio del europeo quedará incólume en el interior del Indostan.

Yo he visto al duque de Brabante, hoy rey de los belgas, salir entusiasmado de Calcuta.

Pero si alguno le hubiera dicho al oido: «Salid de vuestro palacio é internaos en el interior del país viajando de incógnito, para que veais y podais apreciar en su justo valor todo ese oropel con que la Inglaterra oculta su indigna tiranía», hubiera visto entónces condenar á los indios, por un juez inglés, á *severos castigos* por llevar sandalias que no les permitia su casta..., y hubiera sabido que en los años de escasez y miseria mueren los indios por los caminos, sin que el gobierno inglés piense en prohibir la exportacion del arroz. ¿Cómo habia de atentar á la libertad comercial?

Voy á citar un hecho entre mil, para dar una idea de la odiosidad del sistema.

En 1866 se perdió la cosecha del arroz en Bengala y en gran parte del Sur de la India. Los desgraciados indios, que no tienen otro alimen-

to, morian sin quejarse, persuadidos en su fanatismo que era la mano de Dios quien los heria.

Se abrió una suscripcion privada en Calcuta, nombrándose un comité encargado de comprar arroz con las sumas adquiridas.

Esta obra de beneficencia fué explotada de la manera más inicua.

Una de las primeras casas de comercio de la ciudad, sabiendo que el comité tenia sumas considerables de que disponer, compró todo el arroz que habia en la plaza, y se puso á embarcarlo en tres buques fletados expresamente para aquella pequeña operacion.

Viéndose los delegados de la caridad en la imposibilidad de proporcionarse el arroz que necesitaban, se dirigieron á los jefes de aquella casa, que les contestaron de este modo:

—Mucho nos alegrariamos contribuir en lo que pudiéramos á esa obra de caridad, cediendo el arroz que hemos comprado; pero esta operacion la hemos hecho por cuenta de diferentes casas de comercio de Europa, y no podemos disponer de esos granos. Lo único que podemos hacer es ceder á ustedes el cargamento de los buques, pagándole al precio de los mercados de Lóndres y Burdeos, y hacer que éstos admitan una indemnizacion que ustedes les pagarán. Libres ya de toda responsabilidad, cederémos con gusto la comision que nos correspondia, considerándonos dichosos por haber contribuido á aliviar la presente miseria, etc.

Por supuesto que nadie creyó semejante historia, y aquella honrada casa de comercio realizó en tres dias una ganancia de medio millon con aquella odiosa especulacion.

Al día siguiente todo el mundo decía en Calcuta, hablando del jefe de aquella casa:

—¡Qué tunante tan grande es el tal X...!

Y lo peor es que ni una voz siquiera se elevó para vituperar semejante maniobra.

En tiempo de guerra se proscribió la exportación de la pólvora, de las armas y de todas las máquinas de destrucción; pero cuando millares de personas mueren de hambre, la libertad comercial inglesa no permite tomar medida alguna para conservarles su alimento.

Si se hubiese prohibido la exportación del arroz, la honorable casa de que hemos hablado no hubiera podido hacer aquella especulación.

Hechos semejantes no necesitan comentarios.

Salimos de Batticott despues de los ardientes calores del mediodía, y llegamos á Jaffnapatnar, capital de la península cyngalesa, á la caída de la tarde. Todo aquel que tenía un caballo ó un carruaje, se pavoneaba por el *Strand*, esperando la hora de la comida.

Yo me dirigí inmediatamente al *belatti-bengalaw* (bengalaw de los extranjeros).

En Jaffnapatnam, segun la leyenda, Rama, rajah del Indostan, desembarcó con un poderoso ejército para ir á sitiár á Lankapoor.

El origen de esta guerra célebre es tanto más curioso de conocer, cuanto que los griegos del Asia Menor conservan su recuerdo á traves de sus oscuras tradiciones, y que los diferentes cantos de la Iliada, recogidos con el nombre de Homero, no son más que el eco de esta lucha gigantesca.

El sitio de aquella Troya fabulosa no es más que el sitio de Lankapoor, en Ceylan, cuyo re-

uerdo, conservado por los rápsodas, fué llevado al Asia Menor por las emigraciones indias.

Despues de haber arrojado del trono Rawana á su hermano Vishravas y sujetado á los otros rajahs de Ceylan, se hizo proclamar rey de la isla entera, y su poder llegó á ser tal, que los soberanos de la Gran Tierra, es decir, de la India, buscaban con afan su alianza.

Sólo el rey de Aoude, Rama, se atrevió á desafiarle, prodigando los mayores honores á su hermano Vishravas, á quien habia destronado.

Rama tenía una mujer que era célebre en toda el Asia por su hermosura, y á quien él adoraba. Rawana, para vengarse, se la robó y la ocultó en los bosques impenetrables de Ceylan.

Al saber aquel raptó odioso Rama, que viajaba por las montañas del Kanawer, volvió á toda prisa á sus Estados, y reuniendo á todos sus aliados, puso sitio á Lankapoor, capital de Rawana, con un poderoso ejército.

Este sitio memorable duró doce años, y se terminó con la muerte de Rawana, muerto en combate singular por Rama despues del último asalto, que dió la victoria á las tropas de este último. Rama volvió triunfante á su país, llevando consigo á su mujer Sita.

Sagriwa-Hannouman, su más fiel aliado en aquella interminable guerra, al volver á sus Estados, fué asaltado por una furiosa tempestad que le hizo perder su derrotero, y despues de errar largo tiempo por los mares, pudo llegar á su reino, donde tuvo que luchar contra sus parientes, que habian encerrado á su mujer en una prision y apoderádose del poder. Consiguió á su vez su-

jetarlos y recuperar su reino. Estos acontecimientos se ven consagrados en la India por los monumentos históricos, por las inscripciones y las pagodas, que han formado el asunto de interminables poemas, siendo el más célebre el de Ramayana, que ha servido, según se asegura, de modelo á la Iliada.

Las peregrinaciones de Hannouman, cantadas en el Sagriwayana, han inspirado también la Odisea.

¡Qué pasado tan maravilloso no se descubrirá ante nuestros ojos el día en que se comprenda mejor el sanscrito, y en que los discípulos de la Escuela Normal, que son ya maestros, estudien con los brahmas la vieja lengua nativa!

Según los documentos más auténticos, además del libro y de la tradición, por los cálculos astronómicos que han dejado los antiguos brahmas, que hacían pasar su primer meridiano por Lankapoor, la toma y destrucción de esta ciudad tuvo lugar seis mil años antes de nuestra era, es decir, muchos millares de años antes que las emigraciones que fueron á colonizar el Asia Menor, la Arabia, el Egipto y la Grecia.

Si yo tuviera espacio en este libro, conduciría al lector á las primeras edades de Ceylan, con sus maravillas históricas, le iniciaría en aquella brillante civilización que desarrollaron los rajahs de la dinastía somawansé, célebres en primer lugar por los grandes caminos, canales, estanques de riego y monumentos que hicieron construir para el bienestar de sus vasallos. El período védico y brahmánico fué también admirable en Ceylan por su civilización, su genio literario y filosófico, como

también en el resto del Indostan, y las grandes ruinas que se encuentran por doquier, principalmente en los alrededores de Anaradhapoor, nos prueban que el arte estuvo al nivel del poema y de las especulaciones metafísicas. Con efecto, las esculturas de granito de estos grandes monumentos medio derruidos, con sus columnas rotas, pueden compararse, tanto en idea como en ejecución, á las obras maestras que nos ha dejado la Grecia.

Pero á decir verdad, el arte griego, ¿no es por todos conceptos de origen indio?

Ahora ya sabemos á qué atenernos con respecto á los antiguos que tanto hemos admirado, no creyendo habían tenido predecesores. El griego no es más que sanscrito puro. Phidias y Praxitéles han estudiado en Asia la obra de Daouthia, Ramana y Aryavosta. Platon desapareció ante Djeminy y Vedy-Vyasa, del que no hace más que copiar literalmente. Aristóteles se ve precedido por el Pourva-Mimansa y el Uttara-Mimansa, en los cuales se encuentran todos los sistemas filosóficos que nosotros reimprimimos, desde el espiritualismo de Sócrates y de su escuela, el escepticismo de Pyrrhon, de Montaigne y de Kant, hasta el positivismo de Littré.

Pero de unas ideas á otras, me separo sin querer del objeto de este libro, y olvidaría con gusto mi viaje, para dedicarme al estudio del sanscrito, que tanto me entusiasma, y que ha sido el objeto de casi todas mis peregrinaciones en la India.

Al día siguiente de mi llegada á Jaffnapatnam, fui á visitar la casa Steward-Soupraya-Chetty, contra la que tenía una letra, y cuyos principales pusieron con la mayor amabilidad á mi disposi-

cion sus casas de campo y sus carruajes. En toda la India basta que sea uno presentado, y una letra de cambio es la mejor presentacion, para que sea uno festejado y obsequiado en extremo.

La casa Steward-Soupraya-Chetty se componia de dos ingleses y un malabar que habia llevado allí sus millones para ver figurar su nombre en la razon social de la casa de comercio, y que orgulloso lo unia siempre al de sus asociados.

De este modo, jóvenes ingleses hacen rápida fortuna asociándose á esos ricos indios de la casta de los commoutys, que les ayudan con sus capitales por el orgullo de poner sus nombres al lado del de los ingleses.

La casta de los commoutys, que es la más poderosa despues de la de los brahmanes, habita el Sur de la India y el Norte de Ceylan. En las ciudades del interior, ménos explotadas por los ingleses que las de la costa, el comercio está enteramente en manos de los commoutys y de los chettys, que forman dos castas, la de los comerciantes en grande, banqueros y armadores, y la de los comerciantes en pequeño y comisionistas, que se sostienen una á otra por medio de vastas asociaciones que atraen los capitales y centralizan las mercancias.

Y ciertamente estas dos clases de hombres, activos é inteligentes, llegarían un dia á gozar de una influencia temible, y tal vez á unificar la India contra el enemigo comun, si de cuándo en cuándo la Inglaterra no les suscitase divisiones de intereses que destruyen en algunos meses veinte años de conciliación y de trabajo.

Basta sólo conceder cualquier privilegio á al-

guna de estas castas, para atraerle al momento el odio de las otras.

¿Y qué privilegios?

En Europa no se creeria que el permiso, por ejemplo, que se concediese á los commoutys que ejercen la profesion de banqueros ó agentes de cambio, de usar sandalias doradas, negándose lo á los armadores ó negociantes de añil, excitase odios terribles y rencores sin cuento, pues no hay distincion, por mínima ó pueril que sea, que no ambicione el indio, y que para obtenerla no sea capaz de cometer las mayores bajezas, desde el momento en que esta distincion emana de la autoridad.

Para favorecer las asociaciones entre los súbditos ingleses y los indios ricos que tienen el capital, todo asociado indio de una casa europea tiene derecho á muchos privilegios personales, que no puede, sin embargo, transmitir ni á su familia ni á su casta, y que cesan desde el dia en que se disuelve la sociedad.

Los señores Steward me convidaron á comer, y por la noche tomé el té en casa del babou Soupraya-Chetty, su socio.

El título de babou lo dan los europeos á todos los indígenas de elevada casta que están en relaciones comerciales con ellos.

Soupraya-Chetty, al saber que yo deseaba estudiar por mí mismo las costumbres, los usos, las fiestas y las ceremonias religiosas de los indios, me dijo que una de las fiestas principales del culto malabar iba á empezar dentro de dos dias en el templo de Kandah-Swany, y puso á mi disposicion, para el tiempo que debían durar las fiestas, una magnífica casa de campo que poseía á media

milla del pueblo de Wannapané, en donde estaba situado aquel templo.

La pagoda de Kandah-Swany ó Willenoor es una de las más hermosas de toda la provincia de Jaffnapatnam, y aquella fiesta debia atraer gran concurrencia de peregrinos de todos los puntos del Indostan, por lo cual acepté con gusto el ofrecimiento que se me hacía.

En la *Biblia de la India* se encuentra la descripción de aquella fiesta, una de las más singulares de aquella religion brahmánica, que partiendo de la unidad de Dios y de la trinidad, llega poco á poco, por egoísmo personal de los sacerdotes y para conservar su prestigio, á inspirar al pueblo las supersticiones más ridículas y más odiosas, conservando para las clases más elevadas creencias más filosóficas y más puras.

Esta fiesta empieza cinco días ántes de la luna nueva de Mayo, y acaba cinco días despues, sin cesar ni un solo minuto, y sin conceder ni un momento de reposo á la inmensa muchedumbre que la presencia.

Algun tiempo ántes los brahmanes, acompañados de las bayaderas pertenecientes á la pagoda, van á las casas europeas para invitar á sus dueños á la fiesta, que es preciso aceptar, haciendo un regalo á las jóvenes y lindas sacerdotisas del templo, que van adornadas con sus más hermosas joyas.

Nadie puede sustraerse á aquel pequeño impuesto, tan graciosamente pedido por aquellas hermosas jóvenes, y que conservan éstas para sí, sin dividirlo con los brahmas.

Estos son los pequeños gajes de estas pobres

mujeres, que van por espacio de diez dias á bailar y desplegar sus gracias en honor de Siva.

Los ocho primeros dias de la fiesta se pasan en el interior del templo, siendo tan sólo admitidos allí los indios de alta clase, quedando el pueblo fuera del edificio, y contentándose con oír de léjos la música y los cantos sagrados.

El primer dia se consagra á Siva, empleándose únicamente en celebrar su accion bienhechora sobre la naturaleza, pues gracias á él, de la descomposicion nace el gérmen que hace brotar el arroz, tan útil á los hombres, las flores perfumadas y los grandes árboles que adornan la tierra con su follaje.

Durante la noche, se canta la union misteriosa del dios con la bella Parvady, que produjo al héroe Cartignay, que desembarazó á la tierra del gigante Kayamangasaura, monstruo de cabeza de elefante.

El segundo dia se consagra á rogar por las almas de los antecesores, y por la noche se les ofrece arroz cocido y consagrado, miel, manteca y frutas. Estos alimentos tienen la propiedad, una vez dedicados á los manes, de borrar todas las manchas, y se les distribuye á los asistentes, que tienen que comerlos á la salida del sol, é ir á meterse inmediatamente en el estanque sagrado que se encuentra sobre uno de los costados laterales del templo.

El tercer dia se emplea en implorar á las divinidades protectoras de las ciudades y de los campos, especie de dioses penates.

Por la noche se bendicen las imágenes de estos dioses, llevadas allí por los fieles, que las co-

locan en seguida en sus casas y en los límites de los campos, para proteger con ellas sus plantíos, sus cosechas y sus ganados.

El cuarto día y la noche que le sigue están destinados á celebrar el rio de Mahavelle-Gouya, cuyas aguas tienen la misma propiedad purificante que las del Ganges para aquellos á quienes la pobreza ó las enfermedades impiden hacer la peregrinacion al gran rio.

El quinto día es el de las ofrendas. Los más fervientes se presentan en masa bajo los pórticos, llevando arroz, aceite, madera de sándalo, que sirve, unida al incienso, para hacer ese polvo odorífero que se quema en los trespiés de oro y los vasos preciosos. Los brahmas tienen el arte de excitar el orgullo de los indios ricos para que rivalicen en la magnificencia de sus regalos.

El sexto día se ruega para que ningún mal genio influya en el destino de aquellos que más se han distinguido con sus regalos, y un brahma anuncia al día siguiente, al rayar el día, cuáles serán los días más nefastos del año.

El sétimo está destinado especialmente á las mujeres que no han concebido, y empleado en conjurar á Siva para que les conceda la fecundidad; aquellas que más desean poner término á su infecundidad, deben pasar la noche en uno de los santuarios más apartados de la pagoda, bajo la proteccion del dios.

Los brahmas se aprovechan de la oscuridad y de la emocion que este lugar excita en ellas para prostituirlas, entregándose á una noche de orgía y desenfreno, y persuaden á aquellas pobres mujeres, crédulas hasta el exceso, que han recibi-

do la visita de espíritus superiores enviados al lado suyo por el mismo Siva.

Sucede á veces que mujeres de la más elevada alcurnia, y de una hermosura sorprendente, se ven entregadas á los extranjeros, que pagan grandes sumas á los brahmas para ser introducidos secretamente al lado suyo en la pagoda.

Yo no sé si los sacerdotes del templo de Kandah-Swany, en Ceylan, podrian corromperse con tanta facilidad; pero lo que sí puedo afirmar es que en todo el centro del Indostan, desde Mais-sour á Hayderabad, no es más que cuestion de dinero.

El octavo día se pasa en adornar y decorar el carro monumental que debe al día siguiente dar la vuelta á la pagoda, llevando la estatua de Siva.

Generalmente, hasta el noveno día no son invitados los europeos á aquella fiesta, preparándose los pandals adornados de flores para recibirlos.

A las once precisamente, y en medio del ruido de los fuegos artificiales, de los cantos y de la música, dos ó tres mil indios atraviesan la multitud y van á engancharse, por medio de largas cuerdas de hilaza de coco, al carro del dios, que es sumamente elevado, y está cubierto de esculturas alegóricas.

De repente, un grito inmenso atraviesa los aires, las bayaderas marchan bailando cadenciosamente delante del carro, los sacerdotes entonan un himno santo, y el carro empieza su marcha triunfal.

Antiguamente centenares de fakirs iban á precipitarse bajo las ruedas del carro, para ser aplastados por la estatua del dios, y se veia todo el ca-



mino sembrado de restos humanos. Al presente, aun cuando el fanatismo no ha disminuido, el contacto de los europeos ha contribuido á disminuir el número de los holocaustos, y apénas se presenta alguno que otro de esos miserables fanáticos en las grandes fiestas, para que le haga pedazos el carro de Siva.

Después que la colosal estatua del dios recorre el templo, se acaban por aquel día las ceremonias, pues necesitan descansar un poco para prepararse á la gran fiesta de la noche del día siguiente.

Este es el momento que puede aprovechar el extranjero para entrar en la padoga, visitar sus dependencias, y á los sannyassis y los fakirs.

Los sannyassis son peregrinos mendicantes que han hecho la peregrinacion al Ganges para cumplir los votos más extravagantes.

Unos van hasta las orillas del rio sagrado midiendo la distancia con sus cuerpos.

Otros hacen el mismo camino andando sobre las manos y las rodillas, y otros se atan los pies y van dando brincos todo el camino.

Y otras muchas extravagancias que sería largo enumerar; pero esto no es nada comparado con el fanatismo de los fakirs, que permanecen impassibles y risueños en medio de los dolores más atroces y de los suplicios más espantosos.

¿Veis aquella rueda que da vueltas con celeridad vertiginosa, arrastrando consigo cinco ó seis cuerpos humanos que enrojecen la tierra con su sangre? Pues son fakirs que van allí enganchados con garfios de hierro que les atraviesan los muslos y las espaldas.

En otro lado hay otros extendidos sobre plan-

chas guarnecidas de aceradas puntas que les penetran en las carnes. Aquel hombre que se ha condenado al silencio, para no romper su voto, se enrojece los labios con un hierro candente, cosiéndolos juntos para soldarlos, y no dejando más que un pequeño agujero en medio de la boca para poder tomar alimentos líquidos.

Otros hay que se castigan á comer en un plato como los animales, sin servirse de sus manos; otros que se atan las manos á la espalda, de manera que las uñas de la mano derecha reposen en la palma de la mano izquierda por espacio de muchos años, y como las uñas continúan creciendo, atraviesan las carnes, y quedan las manos clavadas unas á otras como si fuese con clavos.

¡Qué horribles mutilaciones!

Pero hay aún suplicios más horribles, y ni una queja, ni un grito se escapa de sus pechos; parece que aquellos hombres han vencido al dolor.

Pero ¿qué es esa masa inerte extendida en el suelo, que parecería muerta si no respirase? Sus brazos y sus piernas están torcidos y dislocados; no tiene nariz ni orejas; los labios, cortados hasta la extremidad de las encías, dejan ver los dientes, que á veces se entreabren. ¡Horror! ¡Ese cada- ver no tiene lengua! Pero ¿verdaderamente es un hombre? Respira aún, pero su cuerpo no es más que una ancha llaga, los gusanos le roen ya medio vivo. Otro está extendido sobre carbones encendidos, que apaga con su sangre.

Más allá, cerca del estanque que sirve para las abluciones de los brahmas y para lavar las estatuas de los dioses, un fakir yace medio ahogado bajo un enorme madero que pesa por lo ménos

quinientos ó seiscientos kilogramos, miéntras que otro, enterrado hasta el cuello, recibe los rayos solares sobre su cráneo, completamente afeitado.

Pero mi pluma se resiste á describir por más tiempo semejantes horrores.

¿Qué es lo que puede impeler á los hombres para imponerse semejantes sufrimientos? ¿Qué fe tan ardiente y fanática, si lo hacen por agradar á sus dioses! ¿Qué valor y qué estoicismo, si no es astucia y falsedad!

Estos infelices, educados por los brahmas desde su más tierna edad, les sirven para asombrar á la multitud y fanatizar su espíritu por las alternativas hábilmente combinadas de espantosas privaciones y goces infinitos.

Gracias al babou Soupraya-Chetty, cuya influencia era grande en Jaffnapatnam, he podido recorrer una punta del velo y asistir sin ser visto á una de esas escenas de exaltaciones nocturnas, en que por medio de bebidas extrañas, y sobre todo por las bayaderas, arrastran los brahmas poco á poco sus víctimas al grado de fanatismo y locura que ellos desean.

No tardaré en conducir al lector á aquel extraño espectáculo, suprimiendo, sin embargo, cuanto deba para no herir su delicadeza.

Durante la noche del décimo día, que es el último de la fiesta, tiene lugar la procesion de la estatua de Siva sobre el estanque sagrado de la pagoda, cuya vuelta da siete veces.

No intentaré describir la extraña grandiosidad de aquella escena, que se presenta de repente en medio de los fuegos de bengala y los cohetes que iluminan el cielo, lanzados por cien mil manos.

La noche se oscurece con el humo de los pebeteros de oro, en donde arden constantemente bolas perfumadas que dan vueltas sobre sí mismas, trazando en la oscuridad un círculo de fuego. Una muchedumbre inmensa se agita sobre las gradas del estanque sagrado, que está en el fondo de un circo inmenso. Aquella muchedumbre abigarrada permanece quieta contemplando las luces de bengala, que al oscilar dejan en completa oscuridad aquel recinto, permaneciendo sólo iluminado el ídolo gigantesco, que se desliza silenciosamente sobre las aguas; á sus piés bailan las bayaderas en las posturas más encantadoras, y luego, de nuevo los fuegos artificiales y los cohetes se lanzan hácia el cielo, en medio de los hurras frenéticos de los asistentes.

Cuando va ya á acabarse la sétima vuelta, los cantos se vuelven clamores, el delirio llega á su paroxismo; hombres, mujeres y niños se precipitan en el estanque, para purificarse en las aguas que el dios acaba de recorrer... Desgraciado del pária que se atreviese á franquear las puertas del templo; pues, á ser reconocido, en aquel momento le harían trizas.

La religiosa exaltacion es tal, que si á los brahmas se les antojase señalar á la cólera de Siva á los europeos invitados á la fiesta, de seguro no quedaba uno con vida.

A eso de las cuatro de la mañana se vuelve á conducir al dios con gran pompa á las profundidades misteriosas de la pagoda, de donde no saldrá hasta el año siguiente.

Los fuegos se extinguen lentamente, la multitud se aleja poco á poco al ruido de las trompas

sagradas y de los tam-tams, y el extranjero que, como yo, ha asistido á estos diversos espectáculos, vuelve á su casa, sin poder por el momento darse cuenta fácilmente de sus sensaciones, por lo variadas y múltiples que son.

Esta fiesta de Siva se celebra con grande esplendor en la pagoda de Kandah-Swany, y sólo el famoso templo de Chelamburum, en el Karnatic, da á sus ceremonias un carácter más grandioso aún.

Para dar una idea del lujo que puede desplegar esta célebre pagoda, basta decir que mantiene á sus expensas unos quince mil brahmas.

Las grandes fiestas del Norte del Indostan son miserables en comparacion de éstas.

En el Sur parece estar aún en pié la dominacion brahmánica, pues allí se han refugiado las tradiciones religiosas; allí están los grandes monumentos, las ruinas gigantescas, los dioses majestuosos de cincuenta piés de alto, tallados en granito; allí está la verdadera India. La conquista é invasion musulmana no ha podido cambiar ni su tipo ni sus costumbres, y se ven pueblos enteros habitados sólo por los brahmas, que no hablan entre sí más que la lengua sagrada, es decir, el sanscrito.

Allí es donde debe irse á estudiar y á indagar. ¡Cuántas cosas maravillosas oculta todavía aquella vieja tierra, que fué la cuna del mundo!

Los pocos europeos que visitan la India, se meten siempre en Calcuta, ciudad cosmopolita, y en Bengala, país más bien musulman que indio.

Ellos no comprenden que el Norte de la India ha perdido su carácter primitivo, siendo el campo

de batalla de todas las invasiones pasadas y por venir, y que despues de los sectarios de Hayder-Ali, que han derribado las pagodas para construir mezquitas, la raza anglo-sajona ha ido á implantarse y á hacer imposible, arruinando sistemáticamente todos los rajahs, todos los príncipes indios, la reconstruccion, ó al ménos la conservacion de todos los grandes monumentos del pasado.

Ya no hay grandes pagodas, ni asociaciones de brahmas sabios, ni grandes fiestas; pero sí, en cambio, algodón y añil por todas partes.

Al prohibir severamente el culto brahmánico á los indios, echando abajo todas sus pagodas, los hijos de Omar han matado el pasado religioso del Norte de la India. De suerte que las fiestas del culto en Bengala no reúnen aquellas masas imponentes de poblacion que se ven en el Sur de Ceylan, pues obligados á ocultarse para invocar á sus dioses, los miembros de cada familia continuaron celebrando sus ceremonias en pequeño comité, aún despues de haber recobrado su independencia religiosa; y mezclándose á esto el orgullo de casta, la separacion no tardó en ser un hecho consumado. Hoy dia, cada familia tiene su brahma y su altar, y la unidad religiosa, tan preciosamente conservada en el Maissour, el Karnatic, el Malayalam, y en una palabra, en todo el Sur, no existe ya en todo el Norte del Indostan.

Las castas elevadas no quieren que presencien sus ceremonias las inferiores, y hasta en la misma casta, el rico no admite al pobre á su lado en sus oraciones. Es preciso que se diga al ver pasar una estatua adornada de oro y piedras preciosas: «Es la poudja (fiesta, procesion) del babou tal...» Os-